

Martí Travieso: voces de ultralibro

BRUNO MAZZOLDI*

"Una carta bien redactada pudo más que una protesta callejera que le hace daño a la gente."

Titular de periódico

RESUMEN

Este ensayo trata de analizar y comentar la narración de José Martí *Nené traviesa*.

ABSTRACT

This essay seeks to analyze and comments on Jose Marti's narrative *Nené traviesa*.

KEYWORDS

- Jose Marti (*José Martí*)
- Cuban literature (*Literatura cubana*)
- Narrative (*Narración*)
- Philosophical, literary and linguistic analysis (*Análisis filosófico, literario, lingüístico*)

* Profesor Maestría en Etnoliteratura, Universidad de Nariño.

Nadie quiere saber si alguien se parece a Nené.

El cuento empieza con el punto de exclamación cabeza abajo que, en situaciones normales, desde el inicio de la frase tiene la bondad de indicar la vía de la entonación correcta: - "¡Quién sabe si hay una niña que se parezca a Nené!" [Quisiera citar *Nené traviesa*, quizás el más bizarro relato de Martí, en la edición más fiel a su recuerdo, la del volumen 18º de las *Obras completas* publicado en La Habana en 1964, eso quisiera, pero falta la última página en el ejemplar consultado en la biblioteca de Pasto, la 378, no digo la más importante de todo el cuento, pero casi: en su lugar se salta de golpe a la 391, imagínense, con el título completamente distinto de *Músicos, poetas y pintores*, otras clases de traviesos con los que Nené no debería tener mucho que ver de buenas a primeras: esa hoja no la arrancó este viejito, para servirles, tampoco cualquiera de los estudiantes que frecuentan la biblioteca que les digo, jóvenes de ambos sexos de modales irreprochables, ni las otras faltantes, un entero fascículo se diría, tal vez por un error de paginación, valga la advertencia pues, ya lo verán si de ver no más se trata, todo el asunto viene justamente a ser de páginas y libros enteros arrancados como niños y niñas a sus padres, a lo peor por sus propios padres, no menos arrancados que sus hijos, por no hablar de autores, una interminable desencuadernación generacional añorando hojas e hijas perdidas... Sin mayores explicaciones por el momento, y para hacer las cosas a deber, porque de eso se trata al fin y al cabo, tratar con respeto lo que se lee y escribe, tocará citar a Martí a partir del librito que sí me resulta completo, y que se intitula *La Edad de Oro*, con ilustraciones muy bonitas de Esperanza Vallejo, a partir de la revista del mismo nombre editada por el escritor cubano en 1889]*.

* José Martí, "Nené traviesa" en: J. M., *La Edad de Oro*, Panamericana, Bogotá, 1997, pp. 23-45 (Nueva York, 1889), de aquí en adelante NT, mientras otros escritos de Martí se señalan mediante la sigla OC en atención a: J. M., *Obras Completas*, Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1964; CM: J. M., *Cartas a María Mantilla*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1982. Respecto a otras citas, se da por entendido que la traducción es nuestra cada vez que no se menciona a su autor.

- "¡Quién sabe si hay una niña que se parezca a Nené!" (NT 23) es una exclamación interrogativa, como iba a decir, con su fiel signo ortográfico, grandísimo en la viñeta de Vallejo, al borde de un libro abierto sobre el que pesa la letra capital redonda como una claraboya de aeronave, mientras al otro lado la traviesa en persona hace los honores de la casa del cuento sonriendo entre un hervidero de estrellas, las del cielo y las cristalizadas en los dulces que tiene en frente (v. *ib.* 22).

Para confirmar el carácter reciamente afirmativo del disfraz de pregunta hay que dejar que la mirada conozca el segundo renglón: - "Un viejito que sabe mucho dice que todas las niñas son como Nené." (*Ib.*)

De manera que habría que admitir de partida que no, no habría *una* niña, una sola que se parezca, porque todas sin excepción se le asemejarían.

Línea de arranque de la historia: ninguna niña que no sea traviesa.

Pero justamente, preguntando en serio, a juicio del patriota que dio la vida por la libertad el 19 de mayo de 1895, con mucha razón en todo el mundo tenido por sabio y gran poeta, en Cuba venerado como un santo, ¿qué diablos vendría a ser una travesura?

Empezando porque "a Nené le gusta más jugar 'a mamá', o 'a tiendas', o 'a hacer dulces' con sus muñecas, que dar lecciones de 'treses y de cuatros' con la maestra que le viene a enseñar. Porque Nené no tiene mamá; su mamá se ha muerto; y por eso tiene Nené maestra" (*ib.*), bien podría creerse no sólo que la institutriz trataría de ocupar el vacío dejado por la madre, sino también que la pequeña anteponga el juego al estudio por obstinarse en distraer la misma ausencia.

Más allá de la inclinación a pasarla bien sin *dar lecciones*, las raíces de la travesura se hundirían en una tendencia a *dar* en general: ni verdad, ni trabajo.

¿De qué otra manera entender el contraste entre el arreglo del juego compartido, por una parte, cuando no hay de por

medio nada que meter a la boca, y la soledad de su ajeteo por otra, cada vez que de dulces se trata? Pues lo que más le agrada es jugar a los dulces para los que "siempre tiene que pedir azúcar dos veces" (*ib.* 24), sin correr el riesgo de repartir ni una pizca, tantas son las ganas de chupárselos a solas:

"Y se conoce que Nené no le quiere dar trabajo a sus amigas; porque cuando juega a paseo, o a comprar, o a visitar, siempre llama a sus amiguitas; pero cuando va a hacer dulces, nunca." (*Ib.*)

"Se conoce", es lo que tiene que saber quien se meta con ella, es cosa pública: cualquier empleo por los lados de la confitería y de la pastelería queda reservado exclusivamente a las muñecas del consenso.

Asimismo habría que entender el extraño episodio de amnesia por el que la necesidad de un lápiz para trazar los presumibles palotes se le transforma en deseo de algo a primera vista completamente ajeno a las exigencias del aprendizaje de la escritura:

"Y una vez le sucedió a Nené una cosa muy rara: le pidió a su papá dos centavos para comprar un lápiz nuevo, y se le olvidó en el camino, se le olvidó como si no hubiera pensado nunca en comprar el lápiz; lo que compró fue un merengue de fresa. Eso se supo, por supuesto; y desde entonces sus amiguitas no le dicen Nené, sino 'Merengue de Fresa'". (*Ib.* 25)

En aras de su sacaromanía Nené parece renunciar sea a las relaciones sociales sea a la sinceridad del trato con la persona que más parece quererla: candorosa adicta, su ansiedad oral desenmascara el recelo del presunto sujeto de escritura, temor de no llegar nunca a serlo y de convertirse en objeto de la misma, niña-dulce, criatura comestible, por preferir incorporar el suplemento de *stilus* en lugar de hacerse al propio, como si pudiese darse un estilo propiamente dicho, mezcla de claras de huevo y azúcar que no hace necesariamente al hombre, mejor dicho a la niña querida como tal por el hombre que

es su padre y que no quiere amoldarse a las definiciones del hombre, sabihondo mucho menos, más bien decidida a perder la punta de los significantes por querer afilarla en los dedos que hieren el libro, hasta convertir casi en mujer al viejito intocable pretendiendo metérsele como si fuera tajaplumas de vientre materno, carne travestida de papel que merece el ultraje de Merengue de Fresa por haberle preferido una orilla de ultratumba.

Pero no nos precipitemos creyendo entender, no aceleremos el paso impaciente hacia el cuerpo a cuerpo de ultralibro que espera sin prisa, ritmo de letras entre las que tanto más rápido corre el entender de quien más lentamente anda por ellas.

Detengámonos. Entreguémonos a lo que nos acoge como detenimiento, sin coartada de revelación final. Freno de Orfeo, que emprendió el rescate de su amada entrando en la neblinosa pantalla del más allá y que a último momento la perdió otra vez por no querer no verla. Alto de mirada dirigida - si dirigir leyendo es extraviar sin ver nada, a tientas, como una cieguita - hacia las sombras que son letras, temblorosas luces de voces que deberían haber sido, para Nené la de su mamá, se presume, aunque no se la invoque cuando se trata de la estrella azul, ni se la vuelva a mencionar después de la primera página, asimilada en otra instancia, quizás la del rechazo de cualquier asimilación.

Esa estrella es la morada que Nené espera en razón de una serie de equivalencias mantenidas en los límites de los modelos de sumisión y pautas de gigantismo pertinentes a los cuerpos celestes pero no a las mujercitas, pues, en últimas, lo que tendrían en común unos y otras se reduce a la incesante inquietud que en el caso de los astros es invertida en disciplina de trayectorias infalibles, mientras acá abajo se desperdicia como energía de zafada que es poder de travesura (desvío del *papel*, pues no hay que pasar por alto la variedad de los sentidos de la palabra, especialmente aquí, en un cuento en que el papel tiene un papel tan preponderante: la hoja delgada que sirve para escribir, dibujar, imprimir o envolver y el cargo

desempeñado en el trabajo, el perfil previsible del trato con el prójimo, en el juego, en el teatro o en los quehaceres diarios, en parte asignado por los demás y en parte inventado por uno mismo, rendido al cajón del archivo pero capaz también de poner entre paréntesis una vida entera como el pedazo de periódico en que el carnicero empaca tu libra de hueso carnudo) porque, hay que creerlo, *transversum agere* hace rato viene a ser eso mismo, "alejarse del recto camino", camino del Bien trazado o escrito como tal por los que sí saben, a no dudarlo los mismos ingenieros que algún día proyectarán traviesas también para los trenes de las nubes, traviesas de las otras, de las que sí guardan las distancias ateniéndose al espacio y al tiempo de siempre, justamente por no ser niñas sino, como asegura el diccionario donde aparece el sustantivo de género femenino que suena igual, con su clarísima explicación al lado, "cada uno de los maderos que se atraviesan en una vía de ferrocarril para asentar sobre ellos los rieles".

Habrá que estudiar muy bien cuáles si

"las estrellas pasean por el cielo, lo mismo que las niñas por un jardín. Pero no, lo mismo no; porque las niñas andan en los jardines de aquí para allá, como una hoja de flor que va empujando el viento, mientras que las estrellas van siempre en el cielo por un mismo camino, y no por donde quieren" (*ib.* 27-28).

No sólo por ir donde quiere no se asemejaría Nené al lucero, sino también por ser muy chiquita, tópico del que se transita al de la muerte sin ningún problema, a punto seguido, casi sugiriendo alguna estrecha relación entre las cosas de gran tamaño y el reino de los espíritus:

"sólo que las estrellas no son niñas, por supuesto, ni flores de luz, como parece de aquí abajo, sino grandes como este mundo, y dicen que en las estrellas hay árboles, y agua, y gente como acá; y su papá dice que en un libro hablan de que uno se va a vivir a una estrella cuando se muere. 'Y dime, papá -le preguntó Nené, -¿por qué ponen las casas de los muertos tan

tristes? Si yo me muero yo no quiero ver a nadie llorar, sino que me toquen la música, porque me voy a ir a vivir en la estrella azul'." (*Ib.* 28-30)

Busquen un retrato de cuerpo entero del héroe cubano: flexuoso y bajuelo, la complexión de un jovencito. Fácil y grosera sería la hipótesis que achacase a su estructura física la recurrencia de alegorías inherentes a la lucha por las cimas. No intento pulir la conjetura biográfica, apenas compruebo de qué manera la idea y la fuerza del tamaño se reconcentran en él y le acompañan por toda la vida como un refrán, en cartas personales y en impresos, siempre libres de palabras pesadas, escritos que son flores cantarinas arrojadas como flechas, derecho a un solo blanco, iluminadas a la vez por el astro obediente y la infancia voluntariosa, o el día de su muerte en Dos Ríos no tendría tan cerca del corazón el retrato de una amiguita nacida en 1880, poco antes de la muerte de su padre, quinceañera que escaso tiempo lleva leyendo y que sin embargo él ya quisiera ver traducir del francés un libro entero, aunque "muy corto" (*CM* 72), nada menos que cierta *Historia General*, tal como le pide que haga pocos días antes de morir, en la carta del 9 de abril de 1895 enviada desde Cabo Haitiano, encargándole una página al día, "en letra clara, a renglones iguales y páginas de buen margen, nobles y limpias" (*ib.* 84), última voluntad y tamaña tarea para la hija de Carmen Miyares y Manuel Mantilla, dueños de la casa de huéspedes en que se había alojado el cubano durante la mejor parte de su estancia en Nueva York, la pequeña María que, si razón tuviese el atrevido viejito de antes, no más por niña, "traviesa" debería ser, a lo menos entre comillas.

Del cruce de miradas al intercambio de las superposiciones, el impulso interrogativo que transforma la melancolía en juego tergiversa la fatalidad de las medidas en contrapunto ameno así como el himno se acomode a la tonadilla:

"Cuando su papá venía del trabajo, siempre salía ella a recibirlo con los brazos abiertos, como un pajarito que abre las alas para volar, y su papá la alzaba del

suelo, como quien coge de un rosal una rosa. Ella lo miraba con mucho cariño, como si le preguntase cosas; y él la miraba con los ojos tristes, como si quisiese echarse a llorar. Pero en seguida se ponía contento, se montaba a Nené en el hombro y entraban juntos en la casa, cantando el himno nacional." (*Ib.* 25-27)

El deseo de ascensión que se extrema como ganas de vivir o revivir en la estrella se pone a prueba escalando al adulto, firmamento doméstico ya resplandeciente en la serie de poemas publicados en 1882 con el título de *Ismaelillo* y dedicados a Francisco, el hijito que Martí dejó en Cuba para seguir su misión liberadora, el que no volvería a ver, "diablo ángel" del poema intitulado *Musa traviesa* (CO XVI. 28), que le atormenta hasta arrancarle gritos de júbilo: - "¡Ah, musilla traviesa, / qué vuelo trae!" (*ib.* 32) y le arrebató hasta revolverle el género: - "Si se me queja, - / cual de mujer, mi rostro / nieve se trueca" (*ib.* 20) y le aniña hasta la subversión de la genealogía: - "¡Hijo soy de mi hijo! / ¡El me rehace!" (*ib.* 31), "jinetuelo" a horcajadas del padre feliz de ser espoleado (*ib.* 25), desde el hombro acariciándole crines cerebrales con dedos alados, labios sobre riendas de nervios: - "Como un beso que vuela / siento en el toscó / cráneo: ¡Su mano amansa / el bridón loco!" (*ib.* 42), o Alí Babá todavía más adentro calurosamente invitado a saquear los tesoros de la montaña paterna: - "¡Éntrese mi tirano / por esta cueva!" (*ib.* 20), más adentro para subir más alto, astronómica bandera abovedada: - "Tú flotas sobre todo, / hijo del alma!" (*Ib.* 38)

Menos familiarmente (si el papel de viudo y padre de una isla niñita o de un continente menor de edad no atravesó nunca las pesadillas de Martí), el mismo movimiento ascensional corresponde al despertar del "aldeano vanidoso" de *Nuestra América*, su escrito más conocido, historia de un Pulgarcito llamado a tirar las cobijas porque buenos motivos le sobran para ponerse de una vez a la altura de "los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima" (CO VI. 16), amen de "la pelea de los cometas en el cielo,

que van por el aire dormidos engullendo mundos" (*ib.*), si quien ya despertó de una vez por todas goza de la perspectiva extraterrestre indispensable para salir triunfante no sólo sobre las constelaciones del progreso sino también y principalmente sobre las galaxias de la guerra, como el general Hiram Ulises Grant, campeón de la Guerra Civil de Norteamérica cuya memoria le inspira páginas de alabanza delirante, a largo o corto plazo equipando un laboratorio satelital de ciencias demasiado naturales, en exceso aséptico y simultáneamente demasiado sangriento para quien tenga a pecho el sentido singular de la responsabilidad ética:

"Las guerras deben verse desde las nubes. Bien está que medio millón de seres humanos muera para mantener seguro a la Humanidad su único hogar libre sobre el Universo. Allá, desde arriba, los hombres deben parecer - ondulando, fabricando, abrazándose cuerpo a cuerpo, hasta para guerrear, - como esos bulbos vivos, henchidos de gusanos invisibles, que en grandes masas pugnan, con movimientos incesantes y torpes, por romper las raíces de los árboles que acaso en ellos mismos se convierten en una forma más libre y animada de la vida. Son como un puño cerrado que viene pujando por salir de lo hondo de la tierra" (*CO XIII. 93*).

Bemoles que la ansiedad de lo alto sonsaca a la mansueta lira del Apóstol: no debería faltar la ocasión de volver a semejante partitura con cuidado extremado, a lo largo de todo el corpus martiano.

Entretanto atengámonos a las menudas repercusiones del juego patriótico: - "Me voy a ir a vivir en la estrella azul" (*NT 30*), anuncia la indomable domadora dando muestra de una sed de alturas que excita el relincho de su caballería: - "¿Pero, sola, tú sola, sin tu pobre papá?" (*Ib.*)

Dejemos resonar la pregunta sin correr todavía a la última página para confrontar la respuesta con la sentencia que parece unir el arriba y el abajo a la sombra del mismo retorcido

equivoco: el crimen consistente en la escasa certeza del amor del otro, sea hija, sea padre, sea libro.

Libro maestro, pues a cuentas hechas sería el principal personaje, por contar o identificarse con casi todos los demás. Sin exageraciones, a lo menos antagonista del principal, pues el único papel que no le cabría sería el de Nené, no a su juicio tozudo, incapaz como es ella de reconocerse entre los escaladores y los niñitos de las ilustraciones del libraco.

Lo que desea la chiquilla es conocer las entrañas del "libro muy grande" (*ib.* 31) que el padre le da a conocer y con el que principia a entretenerse practicando el mismo juego que él le ha enseñado, aunque sin himno nacional e intercambiando las posiciones, ella abajo y arriba el viejito obeso (pues de otro viejo se trata, un venerable abuelo), un techo completo, así como en *El mago de Oz* la casa de Dorothy aparece de golpe sobre la bruja mala, cubriéndola hasta dejar por fuera tan sólo la cabeza y los pies, sofocada entre múltiples brazos - de papel, claro está, pero en todo parecido a un anciano, aunque sin barba, como una mujer, mamotreto y papotreto al tiempo (si me conceden maquillar la palabra que los sabios registran desde 1611, aunque venga desde mucho más atrás, del "griego *mammóthreptos*, propiamente 'criado (*threptós*)' por su abuela (*mamme*)', después 'el que mama mucho tiempo', de donde 'gordinflón, abultado'" - Corominas - Voz "mamá"):

"Esa noche que hablaron de las estrellas trajo el papá de Nené un libro muy grande; ¡oh, cómo pesaba el libro! Nené lo quiso cargar, y se cayó con el libro encima; no se le veía más que la cabecita rubia de un lado, y los zapatitos negros de otro. Su papá vino corriendo y la sacó de debajo del libro, y se rió mucho de Nené, que no tenía seis años todavía y quería cargar un libro de cien años. ¡Cien años tenía el libro, y no le habían salido barbas! Nené había visto un viejito de cien años, pero el viejito tenía una barba muy larga, que le daba por la cintura. Y lo que dice la muestra de escribir, que los libros buenos son

como los viejos. 'Un libro bueno es lo mismo que un amigo viejo', eso dice la muestra de escribir. Nené se acostó muy callada, pensando en el libro. ¿Qué libro era aquél, que su papá no quiso que ella lo tocara? Cuando se despertó, en eso no más pensaba Nené. Ella quería saber qué libro es aquél. Ella quiere saber cómo está hecho por dentro un libro de cien años que no tiene barbas." (*Ib.* 31-32)

Rota la imagen de la criatura, de pies a cabeza, sepulta bajo la losa impresa del "amigo viejo" que el padre le ha presentado, no tanto aplastada como un merengue pero sí como la muñeca que ella creyó poder cargar... Hay que admitir que el percance grotesco no carece de un toque de aquel suspenso que otros adultos llamarían "inquietantemente familiar".

Sin embargo se aconseja ignorar el escalofrío: que nadie se apresure a poner en tela de juicio las intenciones de las amistades más pesadas de un papaíto tan cariñosamente sumiso, por lo menos no antes de sopesar los indicios sugeridos por las reacciones de la hijita, sin hablar todavía de represalias.

Nos consta que la mamá "se ha muerto: y por eso tiene Nené maestra" (*ib.* 24), no de escuela pública sino particular, de las que cobran un ojo de la cara. Alrededor de la pequeña se atarea también una empleada, ausente de la escena del crimen por estar "preparando el baño" (*ib.* 33), mientras el cocinero se asoma de sesgo, disfrazado, ya lo veremos, si de ver se trata, por ser tan parecido a una de las figuras del librote (v. *ib.* 38), no un mulato cualquiera (como el experto en manjares de los Olaya, otra historia cubana que casi no viene al caso), sino un auténtico cocinero chino, uno de los gastrónomos al servicio de las familias ricas, probablemente el mismo que le sirve el azúcar todas las veces que se le antoja, a menos que no se lo despache otra criada...

Con tanta gente alrededor lo extraño, lo arrevesado, por no decir lo muy travieso, es que el buen papá ande tan lejos, "pobre papá" (*ib.* 33), tres veces lejos, trabajando como un caballo, para ella, claro está, no sólo para que "no se quede

sin nada en el mundo" cuando él se muera (*ib.* 33), sino para que lo tenga todo de una vez, como se cantaba hace mucho tiempo "todo lo que la plata consigue"*. Salvo la compañía de quien se sacrifica por ella mientras la sacrifica:

"Su papá está lejos, lejos de la casa, trabajando para ella, para que la niña tenga casa linda y coma dulces finos los domingos, para comprarle a la niña vestiditos blancos y cintas azules, para guardar un poco de dinero, no vaya a ser que se muera el papá, y se quede sin nada en el mundo 'la hijita'. Lejos de la casa está el pobre papá, trabajando para la 'hijita'. La criada está allá adentro, preparando el baño. Nadie oye a Nené: no la está viendo nadie." (*NT* 33)

El autor de sus días la deja sola. Se queda con ella apenas al aparecer de regreso, justo al atravesar el umbral, a la altura de una lámina de un volumen de historia trasoñada, arco de triunfo y monumento ecuestre. Porque una vez adentro sigue quemando pestañas de miope el libertador esclavo.

Urge entonces modificar la primera impresión: el placer de la soledad que le vale el nombre de lo que más le gusta comer y el egoísmo servido en bandeja de amargura por ella misma a sí misma, ésas son las lecciones que la hijita sabe dar al dedillo, pues oírse y verse más de la cuenta, deglutirse a sí misma, Merengue para Merengue, es la tarea diaria, el papel que se la lleva, cuando quien la ama se ha ido y ni la ve ni la oye.

* "She (*We gave her most of our lives*) Ella (Le dimos lo mejor de nuestras vidas)
is leaving (*Sacrificed most of our lives*) se va (Sacrificamos lo mejor de nuestras vidas)
home (*We gave her everything money could by*) de la casa (Le dimos todo lo que la plata consigue)
she's leaving home after living alone se va de la casa después de haber vivido sola
for so many years. Bye, bye. por tantos años. Adiós, adiós."
 Lennon McCartney, *She'sleaving home* (1967), en *The Beatles Lyrics Illustrated - Introduction by Richard Brautigam*, Dell, Londres, 1975. p. 123.

Por eso, siquiera para ver trabajar al padre, verlo no más, sin rozarlo, sin distraerlo, Nené tiene cerca del escritorio su asiento especial, el mismo ocupado ahora por el centenario que a nadie se le ocurriría llamar "viejito verde", no antes de caer en cuenta de su exhibicionismo, poco adecuado a la compostura de una inocente a punto de quitarse el pijama para bañarse, a menos que en la cuenta progresiva de los pasitos y en la afilada punta de la concentración de Nené no reconocamos el sigilo de una Diana cazadora sorprendida espionando a su espía:

"Nadie oye a Nené; no la está viendo nadie. Su papá deja siempre abierto el cuarto de los libros. Allí está la sillita de Nené, que se sienta de noche en la mesa de escribir, a ver trabajar a su papá. Cinco pasitos, seis, siete... ya está Nené en la puerta; ya la empujó; ya entró. ¡Las cosas que suceden! Como si la estuviera esperando estaba abierto en su silla el libro viejo, abierto de medio a medio. Pasito a pasito se le acercó Nené, muy seria, y como cuando uno piensa mucho, que camina con las manos a la espalda." (*Ib.* 33-34)

A la espalda, como escondiendo un arma, las manos cargando las ganas de palpar, aferrar, hundirse en la masa, las manos que se soltarán en breve cuando la tierna austeridad de quien atraviesa el territorio de lo prohibido e ignoto, la adustez del pensamiento de lo impensable, casi lo único que vale la pena tratar de pensar, empezarán a traducirse en lectura implacable: Nené habría comenzado a estudiar muy en serio, antes de conocer el alfabeto.

Ya tiene aires de intelectual la traviesa, "como cuando uno piensa mucho" (*ib.*). Y apenas está caminando hacia el texto.

- "Por nada en el mundo hubiera tocado Nené el libro; verlo, no más que verlo. Su papá le dijo que no lo tocarse" (*ib.*): por nada en este mundo lo hubiera tocado, por algo en el otro se atreve a mucho más.

Es un viaje hacia el mundo del no-estar-ahí la travesía de Nené, hacia el más allá de los que se han ido o que nunca

estuvieron, vivos o muertos, muertos como vivos y vivos como muertos, hacia todo lo que se desea que venga y revenga, por encima de cualquier límite.

Aunque no completamente por encima, más bien en el equilibrio inestable de la despedida. En ese borde, al filo de ese lomo, entre el cielo y la tierra, realidad e irrealidad, entre el jardín de arriba y el de abajo, entrecruzada por lazos y marcapáginas como un rabino por filacterias, espera la nave de todos los papeles.

¿Y qué se divisa?

“El libro no tiene barbas; le salen muchas cintas y marcas por entre las hojas, pero ésas no son barbas; el que sí es barbudo es el gigante que está pintado en el libro! y es de colores la pintura, unos colores de esmalte que lucen, como el brazalete que le regaló su papá. ¡Ahora no pintan los libros así! El gigante está pintado en el pico de un monte, con una cosa revuelta, como las nubes del cielo, encima de la cabeza; no tiene más que un ojo, encima de la nariz; está vestido con un blusón, como los pastores, un blusón verde, lo mismo que el campo, con estrellas pintadas de plata y de oro; y la barba es muy larga, muy larga, que llega al pie del monte; y por cada mechón de la barba va subiendo un hombre, como sube la cuerda para ir al trapecio el hombre del circo. ¡Oh, eso no se puede ver de lejos!” (*Ib.* 36-37)

De fastuosidad vagamente oriental, como confirman las babuchas de puntas lunarias que le midió Esperanza Vallejo (*ib.* 40) a la medida de la lámpara mágica de “Ismaelillo, árabe” (*OC XVI.* 30), con su blusón de pastor, el único ojazo en medio de la frente y los hombrecitos encaramándosele, lo que se divisa no está muy lejos de una versión bonachona del cíclope del Canto IX de la *Odisea* a la que se añaden unas cuantas luces del Árbol de Navidad. Y algo más.

En medio de las monerías circenses, de turbante a chaqueta, el coloso de apacible vegetación castrista resume el uni-

verso: verde del campo, revoltura de nubes, plata y oro de estrellas. Y si el gigante rebasa a Polifemo (antiguo emblema de la Ley Natural y a la vez de su transgresión salvaje), los audaces trepadores representan la diversidad de los pueblos más claramente que la tripulación de Ulises: el ascenso es la aventura de la especie humana hacia el aséptico semáforo desde el cual las agonías de la historia han de verse "como un puño cerrado que viene pujando por salir de lo hondo de la tierra." (CO XIII. 93)

La mirada sublime hay que mirarla más de cerca, con férrea voluntad de alpinista galáctico. Para eso, para abarcar la historia general, si algo parecido puede existir, para ganar la supuesta cumbre asignada a cada cual en la evolución de la tierra y de los hombres a lo largo de la hilera que de primero tiene al blanco en botas y de último al negro en pelota (según una concatenación de prejuicios afín al darwinismo mecánico muy común en el siglo antepasado y todavía difusísima en el nuestro, la misma que se refleja en algunas frases de *Nuestra América*), si la vida del cosmos y de los pueblos hay que estudiarla y hay que discutir ese estudio sin resignarse a una perspectiva abstracta y parcial, entonces toca actuar ya, acercarse al máximo, en primera persona. Ver debe ser por ende tocar, agarrar, aferrarse para subir... Ojos entonces piden manos:

"¡Oh, eso no se puede ver de lejos! Nené tiene que bajar el libro de la silla. ¡Cómo pesa este pícaro libro! Ahora sí que se puede ver bien todo. Ya está el libro en el suelo.

Son cinco los hombres que suben: uno es blanco, con casaca y con botas, y de barba también: ¡le gustan mucho a este pintor las barbas!: otro es como indio, sí, como indio, con una corona de plumas, y la flecha a la espalda: el otro es chino, lo mismo que el cocinero, pero ya con un traje como de señora, todo lleno de flores: el otro se parece al chino, y lleva un sombrero de pico, así como una pera: el otro es negro, un negro muy bonito, pero está sin vestir: ¡eso no está bien, sin vestir! ¡Por eso no quería su papá que ella tocara el libro!" (NT 37-38).

El pícaro taimado esta vez se deja cargar a gusto. Echado al suelo, la única resistencia que ofrece es la sucesión de sus velos. La sumisión del libro es seductora. Así como el árbol del conocimiento devuelve en un destello el porqué de la transgresión, las ramas del libro entregan lo que debe vencerse en nombre del padre, por ver demasiado. La desnudez es lo que se empieza a no ver: - "Es muy bonito, pero está sin vestir: ¡eso no está bien, sin vestir!" (*Ib.*)

Salida de un altoparlante escondido, la voz en *off* del padre comenta y excita la travesía de Nené: cuanto más radical la censura tanto más ahonda en lo censurable y para explorar la coincidencia de lo muy bonito con lo que no está bien, para aproximarse a la verdad más allá de la belleza complacida siempre quedarán papeles por quitar, la hojaldre jamás será suficientemente sutil para esta inquisidora de armas, barbas y páginas tomar:

"¡Eso no está bien, sin vestir! ¡Por eso no quería su papá que ella tocara el libro! No: esa hoja no se ve más, para que no se enoje su papá. ¡Muy bonito que es este libro viejo! Y Nené está ya casi acostada sobre el libro, y como si quisiera hablarle con los ojos. ¡Por poco se rompe la hoja! Pero no, no se rompió. Hasta la mitad no más se rompió. El papá de Nené no ve bien. Eso no lo va a ver nadie. ¡Ahora sí que está bueno el libro éste! Es mejor, mucho mejor que el arca de Noé. Aquí están pintados todos los animales del mundo. ¡Y con colores, como el gigante! Sí, ésta es, ésta es la jirafa, comiéndose la luna: éste es el elefante, el elefante, con ese sillón lleno de niños. ¡Oh, los perros, cómo corre, cómo corre este perro! ¡Ven acá, perro! ¡Te voy a pegar, perro, porque no quieres venir! Y Nené, por supuesto arranca la hoja. ¿Y qué ve mi señora Nené?" (*Ib.* 38-42)

El "amigo viejo" (*ib.* 32) que había estado encima de ella, ahora está debajo, cabalgado igual que el otro mayor y además castigado, sus entrañas penetradas, escurridas por dedos y uñas que rasgan como puntas de lápices.

Nené aprende en carne propia y ajena que no andan los cuerpos por fuera de las páginas, porque el libro que se está leyendo y escribiendo no es apenas superficie venerable, legibilidad serena: el encuentro con el discurso de los dibujos que son letras y de las letras que son dibujos, teatro, monte y ciudad, no es apenas asunto de competencia lingüística y conocimiento trasvasado, sino también y ante todo exactitud de lo que no es asunto ni caso, rigor de heridas anteriores al querer decir, antes del saber decir y más allá del orgulloso saber saber de barreras levantadas entre la escritura y las calles del mundo.

"Hablarle con los ojos" al libro (*ib.*) es desenvolver quien nos envuelve contestando a su gravedad, forcejear en su masa, entre la espesura de las letras que padece Nené, "blanca como el papel" (*ib.* 45), piel de las letras del otro.

En éstas no hay barba que valga. Y quien más ve puede ser el que menos. Aquí es preciso mantener las distancias entre la coartada de la distancia y el engaño de la inmediatez, la obediencia de la lectura de madera y la indisciplina de la arrojada, la traviesa de los rieles de la explicación prefabricada y la traviesa caída en el sin sentido, escollos opuestos que Nené debe aprender a sortear atravesando primero el reino de los hombres, después el de los animales y en seguida el reino del fin del reino, el salto en el río, allá abajo, al otro extremo de la estrella. A menos que también en el azul de las olas...

No corramos tanto. Lo que pasa es que el paso al "mundo de monos" (*ib.* 42) es irresistible: lo que más pasa, el paso mismo, los "cinco pasitos, seis, siete..." (*ib.* 33), los cinco trepadores de pelo y el medio centenar de gemelos tipográficos, las cuentas del cuento, amen de las páginas despedidas.

Borrado del mapa como el salvaje desnudo de la escena anterior, el perro que corre demasiado y no obedece a Nené así como ella no obedece al padre, impulso que tanto más se exalta cuanto más se niega, da paso a la vertiginosa antisociedad de los instintos: el cálculo es compinche del caos de ca-

rreras, la risa sin fin, el colmo del entusiasmo en que sucesión y cálculo se agotan.

En este trance el narrador interviene para referirse a la niña que está a punto de precipitar en el vórtice: la llama "mi señora" (*ib.*). Sea respecto de la solitaria mascota indisciplinada, el perro que acaba de desaparecer, sea frente a la multitud en relajo gregario a punto de invadir el espacio para resolverse en cadeneta de dirección opuesta a la de los escaladores, el resalte del atributo no podría ser mayor. Quizás no sea del todo irónica la dignidad conferida:

"¿Y qué ve mi señora Nené? Un mundo de monos es la otra pintura. Las dos hojas del libro están llenas de monos: un mono colorado juega con un monito verde: un monazo de barba le muerde la cola a un mono tremendo, que anda como un hombre, con un palo en la mano: un mono negro está jugando en la yerba con otro amarillo: ¡aquéllos, aquellos de los árboles son los monos niños! ¡Qué graciosos! ¡Cómo juegan! ¡Se mecen por la cola, como el columpio! ¡Qué bien, qué bien saltan! ¡Uno, dos, tres, cinco, ocho, dieciséis, cuarenta y nueve monos agarrados por la cola! ¡Se van a tirar al río! ¡Se van a tirar al río! ¡visst! ¡Allá van todos! Y Nené, entusiasmada, arranca al libro las dos hojas. ¿Quién llama a Nené, quién la llama?" (*ib.* 42-43)

La voz parece venir del fondo del río, el mismo de los cuarenta y nueve bien contados u otro recién nacido, quiebre de aguas de una arremetida incontable.

A no ser el mismo que hay entre una cola y la otra de las palabras del mismo renglón y en cada una de las letras, ningún espacio separa los eslabones que corren a perderse, el arranque de las páginas y el reclamo. Una vez silenciado el estallido tropical y carnavalesco de la totalización abismal, no queda sino la resonancia de un llamado.

Voz inescuchable, letra invisible para quien queda completamente a la vista:

“¿Quién llama a Nené, quién la llama? Su papá, su papá, que está mirándola desde la puerta.

Nené no ve. Nené no oye. Le parece que su papá crece, que crece mucho, que llega hasta el techo, que es más grande que el gigante del monte, que su papá es un monte que le viene encima.” (*Ib.* 44)

Sumergida emergencia entre nubes o debajo del agua, erección y derrumbe de Sinaí y Sésamo familiares. A lo mejor y a lo peor es ésta la dimensión de la estrella y culpa no tiene Nené por no saberlo, ya que al azul se entra tan sólo dejando la seguridad del saber.

Que conste: quien creyese que para llegar aquí toque metódicamente rasgar página tras página se equivocaría tanto como quien pensase que el arrebató interactivo es apenas ideal.

No hay duda, se le fueron las manos a la niña, pero que para leer siempre tienen que irse en alguna medida o desmedida, no sólo el intelecto, en el momento menos pensado y pensable, eso tampoco hay que dudarlo, y el cuerpo entero en ellas, cuerpo de hambre y sexo, cuerpo que sufre y se alegra, no en las márgenes distraídas del estudio sino en su alma.

Aprovecho el salto azaroso que me ha tocado en suerte para un apunte: en la página sobrevenida abruptamente para usurpar la última de *Nené traviesa* al interior del ejemplar de la edición cubana que les dije, justo entre una cita de Bacon, el impulsor del método experimental, y una anécdota de Haendel, el gran músico, que allí mismo quiera Martí demostrar a sus pequeños lectores de qué manera “la agitación del arte es natural y sana, y el alma que la siente padece más de contenerla que de darle salida” (*OC* XVIII. 391), ¿no sugiere que la zozobra capaz de revolver los esquemas de los letrados artificiales beneficia por igual ciencias y artes, por no hablar de las democracias?

La travesura de la travesía del papelamen viene a ser entonces don de ultralibro, voz de escritura en persona, persona escrita, no máscara de agarre, ningún motivo tatareable,

razón amaestrada, teta de tesis, mechón de ideología, sino faz y antifaz de futuro fantasmal, sin bienvenida posible ni apego doméstico, interrupción imprevisible de la garantía familiar del ser, porque, como escribe otro viejito en pleno azulamiento, no sin citar a otro (Nicolás Abraham y sus "parentemas") prendido a su vez de otro más (Imre Hermann y su "instinto de aferrarse"),

"la escritura -ya en la lengua- actuaría, en lo que respecta a la adherencia inmediata, un poco como el padre de ojos rojos que hace que el monito se avergüence, como 'su mirada que, al igual que el fuego, desaferra -dégramponne- al hijo de la madre, desaferra a la madre del hijo, del hijo convertido en su árbol...'"*

El desapego psicosomático no se queda en mero artefacto intelectual. Solamente así "trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras" (CO VI. 16).

Ahora bien, para la conciencia de Martí la idea beligerante es una despedida inseparable de la renuncia y del sacrificio aparentemente masculino. De hecho la carta en que recomienda a su amiguita "libros pocos, y continuo hablar" (CM 98) deja entender que la lengua de la responsabilidad cara a cara afecta la encarnación maternal e infantil del texto efectivo, pues así se aleja de María Mantilla y se interna en ella supli-

* Jacques Derrida, *Entre crochets*, en: J. D., *Points de suspensions (Entretiens choisis et présentés par Elisabeth Weber)*, Galilée, 1992 (*Digraphe*, 1976), pp. 13-36, p. 17 - Trad. Cristina de Peretti, en: J. D. - "¿Cómo no hablar?" y otros textos - *Suplementos Anthropos* 13, 1989, pp. 94-103, p. 95. Habida cuenta de la "estructura de gripamiento o de gripa" a la que De Peretti remite el "concept (Begriff) comme stricture d'agrippement ou de grippe" (*ib.* 16 - 95), sería nuestro deseo que uno de los marmosetes de la primera edición de *Ismaelillo* reproducidos por la Editora Nacional de Cuba, más exactamente el *amoretto* que ha depuesto el arco y las flechas para sonarse la naricita con un pañuelo mientras acompaña los versos de *El dispensero* (OC XVI. 52), se resignase a escoltar también nuestra alusión a la práctica martiana de la letra, que aproximaríamos a una *lógica del concepto desasido* asumida como severa relajación de dicha estructura.

cándole y ordenándole que le espere, embrión ya enterrado, atravesado en ella, aprendido "de memoria" o *par coeur*, literalmente "a través del corazón", mientras voz y escritura se encintan en el puñado de páginas que han de juntarse con sus restos igual que Nené vivita y coleando en su vórtice libresco, no sin evocar de refilón el ejemplo de un niño, tal vez más previsible:

"Y si no me vuelves a ver, haz como el chiquitín cuando el entierro de Frank Sorzano: pon un libro, -el libro que te pido,- sobre la sepultura. O sobre tu pecho, porque ahí estaré enterrado si yo muero donde no lo sepan los hombres. -Trabaja. Un beso. Y espérame." (*Ib.* 102)

Viva pero mortificada, a la letra hecha una muerta, Nené es transverberada por las flechas fantasmales de su pequeña inocencia y de las ajenas. Inerte como el libro que hace unos instantes era mirado desde la puerta, tan impresionable, tan impresa, Nené leída y escrita por el padre que se inclina sobre ella, que se le aboveda en ola de piedra inmensa.

El monte del padre trabajador se le viene encima y la sepulta en su antro, dos veces callada, los ojos cerrados, "las hojas rotas en las manos caídas", "la cabecita caída" (*NT* 44), cifra del desprendimiento, resto irrecuperable de sello infante. Porque aquí se acaba el cuento:

"Está callada, callada, con la cabeza baja, con los ojos cerrados; con las hojas rotas en las manos caídas. Y su papá le está hablando: - '¿Nené, no te dije que no tocaras ese libro? ¿Nené, tú no sabes que ese libro no es mío, y que vale mucho dinero, mucho? ¿Nené, tú no sabes que para pagar ese libro voy a tener que trabajar un año?' - Nené blanca como el papel, se alzó del suelo, con la cabecita caída, y se abrazó a las rodillas de su papá: '¡Mi papá!', dijo Nené, '¡mi papá de mi corazón! ¡Enojé a mi papá bueno! ¡Soy mala niña! ¡Ya no voy a poder ir cuando me muera a la estrella azul!' (*NT* 44)

¡Todo lo que Nené no sabe!

Ignora la pesadez del trabajo en la sociedad del "mucho dinero", lo que más conoce el anticuario conchudo* experto en estrategias de inversión profesional del duelo. Ignora el monto que es la ruina del padre, lo segundo que se le monta en cara, si lo primero es lo dicho y redicho.

Lo que sí puede empezar a querer saber es que el precio de la muerte responde al peso de lo dicho y que el ir diciendo de la animalidad de las letras sabotea la quietud de esa equivalencia.

- "¡Malo, que crees eso!" (*ib.* 30) - había contestado al atreverse a insinuar una duda respecto de su lugar en la casa celeste, cuando se prospectaba el viaje que ahora es negado en razón de una maldad equivalente a la que consistía en dejar suponer que su soledad podría prolongarse, ¿recuerdan?, con sólo preguntar: - "¿Pero, sola, tú sola, sin tu pobre papá?" (*ib.*)

Malo sería el padre por no creer con suficiente firmeza que compartirá con su hija la estrella, mientras ella se cree indigna de compartirla al darse por mala: ser malo por no creer y no creer por ser mala cohabitan en la misma negación del

* "Las posesiones demoníacas no son desconocidas en esta casa. ¿Es esto realmente Keith, su padre? se lo llevaron cuando ella tenía la mitad de su edad actual, y devuelto ahora no como el hombre que conocía, apenas la concha - con el blando carnudo caracol de alma que sonríe y ama, que siente su mortalidad, ya sea echada a podrirse o picada por las bocas en alfiler de la muerte-por-el-gobierno - un proceso mediante el cual las almas vivientes se convierten de mala gana en los demonios conocidos en la secuencia principal de la magia de Occidente como los Qlippoth, Conchas del Muerto... Es también lo que la presente providencia concede con frecuencia a hombres y mujeres decentes por entero situados de este lado de la tumba. En ninguno de estos procesos hay dignidad ni piedad. Madres y padres están condicionados para morir deliberadamente de ciertos modos preferidos: dándose cáncer y ataques cardíacos, metiéndose en accidentes de carro, yendo a luchar en la Guerra - dejando a sus hijos solos en el bosque. Te dicen siempre que los padres 'se los llevan', pero los padres sólo se van, eso es todo. Todos los padres se respaldan entre sí, eso es todo." Thomas Pynchon, *Gravity's Rainbow*, Penguin, New York, 1973, p. 179 (cfr. trad. Antoni Pigrau, Grijalbo, Barcelona, 1978, p. 255).

convivir. Desde ya padre e hija comparten el espacio abismal de la despedida, tan hondamente azul hasta parecer negro como la tinta.

Por mi parte razones tengo para creer a pie juntillas que la dignidad de matrona que le ha sido otorgada justo en el momento que antecede la última etapa del safari a través del planeta del libro, aparentemente la fase menos señorial de todo el viaje, crónica de la expulsión de la mirada en último desliz, valga también como saludo de Martí a la escritura: - "Mi señora Nené" (*ib.* 42). En el doble fondo del equipaje irónico se despacha también una piedad filial no exenta de hervores sensuales.

Al fin y al cabo, de las palabras del poeta egipcio Edmond Jabès intituladas *Yo levanto mi morada* y de otras que las exceden:

"El arte del escritor consiste en llevar las palabras, poco a poco, a interesarse en sus libros' (Je bâtis ma demeure).

Se trata realmente de un trabajo, de un alumbramiento -délivrance-, de una generación lenta del poeta por parte del poema del que aquél es el padre"

se deduce que el libro es tan hijo del autor cuanto éste del libro.

Donde trabajo no solamente viene a ser entonces el de los bofes echados por el padre, sino también el suyo, trabajo de parto, Nené ocupa el lugar de la autora de su autor, geniecillo de una escritura de entonación indecible.

Sin olvidar el contexto cultural pertinente pero reconociendo la intensidad del legado yoruba más allá de las fronteras

* Jacques Derrida, *Edmond Jabès et la question du livre*, en: J. D., *L'écriture et la différence*, Seuil, París, 1967 (*Critique*, 1964), pp. 99-116, p. 100 - Trad. Patricio Peñalver Gómez, *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona, 1989, pp. 90-106, p. 91.

afro-caribeñas, me hace falta remitir *La Edad de Oro* y otras edades martianas a la textura que al interior del culto de Xangô de Recife manifiesta el "carácter sustituible de la filiación biogenética", es decir "un principio de reciprocidad en que protector y protegido invierten sus posiciones, mostrando un sorprendente equilibrio de poder y una relación de máxima intimidad entre el plano humano y el divino."**

No puedo hacer otra cosa. Me acojo al temblor de la distinción entre hipótesis de trabajo y certeza corroborable: madre de santo, Réproba Eurídice, Magdalena arrodillada, Niña Traviesa por antonomasia, Naná en miniatura y Superlolita, la escritura se mantiene en el límite del oricha por venir. Ni protege ni es protegida, expone y es expuesta. Deja al autor de sus días y al autor a secas en el mismo instante en que, de rodillas, se apodera de sus piernas para liberarle de sí en el despegue de la firma - "ivisst!" (*ib.* 43) - al fin libre, madre de su padre.

Lo que podría parecer un atajo paradójico, ajeno a las concreciones físicas del horizonte de la tierra con la que Martí se identifica material y maternalmente, una transversa mal soplada por las ganas de figurarme en el mismo azul el acople cumplido y rechazado, si La Traviesa no fuese también el nombre de un pequeño cayo adyacente a la costa de Cuba.

Pasto, 20.10.01

** Rita Laura Segato, *Santos e daimones - O politeísmo afro-brasileiro e a tradição arquetipal*, Universidade de Brasília, Brasília, 1995, p. 227-228.